



Fotografía
Guadalupe García Romero

NEGACIONISMO CLIMÁTICO, INTERCULTURALIDAD Y RESISTENCIAS: DESAFÍOS A LA EDUCACIÓN AMBIENTAL EN COQUÍ (COLOMBIA)

Climate Denial, Interculturality, and Resistance: Challenges to Environmental Education in Coquí (Colombia)

Negacionismo climático, interculturalidade e resistência: desafios para a educação ambiental em Coquí (Colômbia)

Germán Alberto Chaves-Mejía¹ 

Fecha de recepción: 19 de mayo de 2025

Fecha de aceptación: 01 de octubre de 2025

Fecha de publicación: 01 de enero de 2026

Tipo de artículo: Artículo de investigación

Como citar

Chaves-Mejía, G. A. (2026). Negacionismo climático, interculturalidad y resistencias: desafíos a la educación ambiental en Coquí (Colombia), *Bio-grafía*, 19(36), e23182. <https://doi.org/10.17227/bio-grafia.vol.19.num36-23182>

Resumen

Este artículo presenta los resultados parciales de una investigación realizada en la Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (Cinde) dentro del Programa Postdoctoral de Investigación en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, en el corregimiento de Coquí, en el Chocó colombiano. En Coquí persiste una problemática estructural relacionada con el acceso limitado a fuentes de agua segura, a pesar de la centralidad de este recurso en la vida de la comunidad. Esta situación se ve agravada por el negacionismo climático, que ignora los efectos ya evidentes del cambio climático en la región y dificulta la implementación de soluciones adecuadas, lo cual invisibiliza las realidades de la crisis climática y perpetúa desigualdades sociales y ambientales. La investigación tuvo como objetivo visibilizar los saberes ancestrales sobre el agua como una forma de resistencia comunitaria, y utilizó la cartografía social como herramienta para que los habitantes pudieran expresar su sentido de pertenencia y sus relaciones con el entorno. Se identificaron cuatro categorías clave: el origen del agua, el manglar, el río Coquí y el océano. La categoría de los manglares resultó ser la más significativa, ya que reflejó una visión integral del ecosistema y abrió un espacio de diálogo entre los conocimientos locales y las perspectivas científicas. La cartografía social permitió recuperar estos saberes ancestrales y fortalecer

¹ Doctor en Educación. Docente, Secretaría de Educación de Bogotá. germanchavesmejia@yahoo.com

la apropiación territorial. Además, subrayó la necesidad de avanzar en educación ambiental intercultural como herramienta clave para superar el negacionismo climático y promover una gestión más inclusiva y sostenible del agua en los ecosistemas vulnerables.

Palabras clave: conflictos socioambientales; justicia socioambiental; territorios ancestrales

Abstract

This article presents the partial results of a research project conducted at the Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (Cinde), in the Coquí district of Chocó, Colombia. In Coquí, a structural problem persists related to limited access to safe water sources, despite the centrality of this resource in the life of the community. This situation is exacerbated by climate denialism, which ignores the already evident effects of climate crisis in the region and hinders the implementation of adequate solutions, rendering the realities of climate change invisible and perpetuating social and environmental inequalities. The research aimed to make visible ancestral knowledge about water as a form of community resistance, using social mapping as a tool for residents to express their sense of belonging and their relationships with the environment. Four key categories were identified: the origin of water, the mangrove, the Coquí River, and the ocean. The mangrove category proved to be the most significant, reflecting a comprehensive view of the ecosystem and opening a space for dialogue between local knowledge and scientific perspectives. Social mapping allowed for the recovery of this ancestral knowledge and strengthened territorial ownership. Furthermore, it underscored the need to advance intercultural environmental education as a key tool to overcome climate change denialism and promote more inclusive and sustainable water management in vulnerable ecosystems.

Keywords: socio-environmental conflicts; socio-environmental justice; ancestral territories

Resumo

Este artigo apresenta os resultados parciais de uma pesquisa realizado na Fundação Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (Cinde), no distrito de Coquí, em Chocó, Colômbia. Em Coquí, persiste um problema estrutural relacionado ao acesso limitado a fontes de água potável, apesar da centralidade desse recurso na vida da comunidade. Essa situação é agravada pelo negacionismo climático, que ignora os efeitos já evidentes das mudanças climáticas na região e dificulta a implementação de soluções adequadas, obscurecendo as realidades da crise climática e perpetuando as desigualdades sociais e ambientais. A pesquisa teve como objetivo visibilizar o conhecimento ancestral sobre a água como forma de resistência comunitária, utilizando o cartografia social como ferramenta para os moradores expressarem seu senso de pertencimento e suas relações com o meio ambiente. Quatro categorias principais foram identificadas: a origem da água, o manguezal, o Rio Coquí e o oceano. A categoria manguezal demonstrou ser a mais significativa, refletindo uma visão holística do ecossistema e abrindo espaço para o diálogo entre o conhecimento local e as perspectivas científicas. O mapeamento social permitiu o resgate desse conhecimento ancestral e fortaleceu a apropriação territorial. Além disso, ressaltou a necessidade de promover a educação ambiental intercultural como uma ferramenta fundamental para superar a negação climática e promover uma gestão hídrica mais inclusiva e sustentável em ecossistemas vulneráveis.

Palavras-chave: conflitos socioambientais; justiça socioambiental; territórios ancestrais



Introducción

En el corregimiento de Coquí, perteneciente al municipio de Nuquí, departamento del Chocó —una de las zonas más húmedas de Colombia— persiste una problemática paradójica: la escasez de agua potable. A pesar de la abundancia de recursos hídricos en la región, las comunidades locales enfrentan dificultades significativas para acceder al recurso hídrico de una manera segura y sostenible. A lo largo de los años, se han realizado diversas investigaciones y planes de acción para abordar esta situación desde enfoques predominantemente cuantitativos y objetivistas, lo que ha resultado en soluciones puntuales pero insuficientes. Estas iniciativas, aunque útiles en ciertos aspectos, han contribuido a una separación entre las comunidades y el recurso hídrico, promoviendo una relación utilitaria y de dependencia, que debilita el vínculo cultural y ancestral que ha unido de forma histórica a los habitantes de Coquí con el agua (Chaves, 2024).

En contraste, los saberes ancestrales, profundamente arraigados en las comunidades indígenas y afrodescendientes, han resistido el paso del tiempo y siguen siendo vitales para la identidad y la adaptación de estas comunidades al cambio climático. Estos conocimientos, basados en una relación armoniosa con la naturaleza, incluyen las prácticas de potabilización usando plantas, la agricultura ancestral, la pesca artesanal y el ecoturismo, fundamentales para la supervivencia en territorios donde el acceso a servicios básicos es limitado. Sin embargo, en muchas ocasiones, estos saberes han sido ignorados o desplazados por enfoques utilitaristas.

Uno de los mayores retos de esta realidad es la injusticia ambiental, que revela la distribución desigual de los riesgos y los impactos del cambio climático. Las comunidades del Chocó, que ya enfrentan riesgos significativos debido al cambio climático, no solo luchan por la supervivencia frente a las adversidades ambientales, sino que también deben enfrentar el negacionismo climático. Este fenómeno, que minimiza o niega los efectos reales del cambio climático, agrava la falta de apoyo institucional y retrasa las acciones necesarias para mitigar los impactos sobre sus territorios y recursos. En este contexto, el negacionismo climático no solo perjudica la implementación de políticas públicas, también invisibiliza las luchas locales por la conservación de sus ecosistemas y el reconocimiento de sus formas de vida. La educación ambiental intercultural ofrece una oportunidad para fomentar un entendimiento mutuo entre los saberes ancestrales de las comunidades locales y los conocimientos científicos, y así superar las tensiones existentes entre estos enfoques. Esta alternativa podría desempeñar un papel fundamental al

promover un modelo educativo inclusivo que reconozca y valore tanto los conocimientos tradicionales como las perspectivas científicas, creando un espacio para el diálogo y la colaboración.

Al integrar los saberes ancestrales en los procesos educativos, la educación ambiental intercultural permitiría fortalecer la relación de las comunidades de Coquí con el agua y los recursos naturales, a través de la comprensión profunda de su valor cultural, simbólico y ecológico. Esta aproximación fortalecería la identidad local y también facilitaría la adaptación de estas comunidades a los impactos del cambio climático, utilizando los conocimientos tradicionales como base para prácticas de manejo sostenible del agua y los ecosistemas.

En suma, la investigación se propuso rescatar y poner en valor los saberes ancestrales sobre el agua, entendidos como una forma de resistencia comunitaria. Para ello, se empleó la cartografía social como herramienta participativa que permitió a los habitantes expresar su sentido de pertenencia y las múltiples relaciones que sostienen con su entorno.

Marco teórico: saberes locales, cartografía social, negacionismo climático y educación ambiental intercultural

La comprensión de los conflictos ambientales y territoriales en contextos rurales y étnicos exige el reconocimiento de la pluralidad de saberes que coexisten en torno a la naturaleza y sus recursos, en particular, el agua. En este sentido, se ha planteado que las comunidades locales, indígenas y afrodescendientes poseen cosmovisiones y prácticas tradicionales que configuran una relación integral con el territorio y sus elementos (Leff, 2004). Estas formas de conocimiento, aunque históricamente marginadas por el discurso científico hegemónico, son importantes para el diseño de estrategias de manejo ambiental culturalmente pertinentes y sostenibles.

En esta línea, Santos (2008) ha propuesto el concepto de *ecología de saberes*, que aboga por la legitimación del conocimiento local como base para un diálogo intercultural entre formas diversas de comprensión del mundo. La cartografía social, como metodología participativa y crítica, se inscribe en esta perspectiva al facilitar procesos de construcción colectiva de conocimiento, mediante los cuales las comunidades representan, interpretan y resignifican su territorio desde sus propias experiencias, memorias y sentidos (Barragán, 2016).

En contraste con estos enfoques inclusivos, el avance de la crisis climática ha estado acompañado por una narrativa tecnocrática y negacionista, que desconoce tanto la evidencia científica como los saberes territoriales. El negacionismo climático, según Oreskes y Conway (2010), se refiere a la estrategia deliberada —principalmente impulsada por intereses corporativos y políticos— de desacreditar el consenso científico sobre el cambio climático, minimizar sus impactos y bloquear acciones de mitigación. Este negacionismo se manifiesta tanto en el rechazo explícito de datos científicos como en formas más sutiles de deslegitimación, por ejemplo, la exclusión de las voces comunitarias en la toma de decisiones ambientales (González y Meira, 2020).

Desde una perspectiva crítica, el negacionismo climático no puede entenderse solo como un problema de desinformación, sino como una manifestación del colonialismo epistémico (Nieto, 2007), que impone una visión monocultural del desarrollo y la sostenibilidad, desconectada de los contextos locales y de las realidades vividas por las comunidades. En este sentido, metodologías como la cartografía social se convierten en herramientas contrahegemónicas que permiten desafiar el negacionismo, al visibilizar los efectos reales del cambio climático en los territorios y posicionar a las comunidades como productoras legítimas de conocimiento ambiental.

En este contexto, la educación ambiental intercultural emerge como un enfoque transformador que reconoce la coexistencia de múltiples racionalidades ecológicas y promueve el diálogo entre saberes diversos en la construcción de relaciones sostenibles con la naturaleza. Este enfoque no se limita a la transmisión de contenidos científicos, sino que valora las prácticas, narrativas y cosmovisiones de las comunidades como elementos fundamentales en los procesos educativos. Así, la educación ambiental intercultural se articula con metodologías como la cartografía social para fortalecer procesos de aprendizaje crítico, identidad territorial y participación activa en la defensa del agua como bien común (Sauvé, 2005).

La puesta en marcha de una educación ambiental intercultural en territorios como Coquí se configura como una estrategia clave para tensionar y dismantelar las jerarquías del conocimiento instauradas por la modernidad colonial, las cuales históricamente han subordinado los saberes locales y ancestrales frente a discursos hegemónicos de carácter técnico-científico. Esta perspectiva promueve un diálogo de saberes horizontal y habilita la construcción de modelos de gestión del agua basados en principios de inclusión, justicia epistémica y pertinencia territorial. De este modo, la educación ambiental intercultural se convierte en un eje articulador de enfo-

ques integrativos que reconocen y valoran las memorias, prácticas comunitarias y cosmovisiones ancestrales como fundamentos para la sostenibilidad de la vida y la regeneración de los vínculos entre sociedad y naturaleza (Corbetta, 2021).

Materiales y métodos

El enfoque metodológico adoptado en esta investigación fue cualitativo-interpretativo, orientado a comprender los significados, prácticas y relaciones construidas en torno al agua por parte de la comunidad del corregimiento de Coquí (Chocó). Este enfoque se desplegó mediante la cartografía social, entendida no solo como una herramienta técnica, sino como un instrumento metodológico y pedagógico que posibilitó resignificar y visibilizar los saberes ancestrales y conocimientos locales de las y los jóvenes de la comunidad. En este marco, el agua fue reconocida como un recurso natural y, además, como un elemento profundamente cultural, espiritual, político y territorial.

La cartografía social trascendió la elaboración de representaciones espaciales para convertirse en un proceso colectivo de reflexión crítica, diálogo intergeneracional y representación simbólica del territorio, sustentado en la memoria, la experiencia vivida y las prácticas cotidianas relacionadas con el agua. A través de talleres, recorridos territoriales, conversatorios y ejercicios de dibujo y narración, las y los participantes identificaron lugares significativos, conflictos socioambientales, usos tradicionales y transformaciones ecológicas, con lo cual reconstruyeron una visión integral y situada de su entorno hídrico.

Este enfoque cobra especial relevancia en el contexto actual de crisis climática, donde el negacionismo climático —expresado en políticas extractivas, discursos institucionales tecnocráticos o en la invisibilización de los saberes locales— debilita las posibilidades de respuesta comunitaria y sostenible frente a los impactos ambientales. Frente a esta tendencia, la cartografía social se posiciona como una práctica contrahegemónica que permite confrontar el negacionismo mediante la valorización del conocimiento territorial, la denuncia de los cambios observados en el entorno y la afirmación de alternativas construidas desde las propias comunidades.

Asimismo, la metodología adoptada garantizó la participación activa de la comunidad en todas las etapas del proceso investigativo, desde la identificación de problemáticas hasta la interpretación de los hallazgos, lo cual promovió un genuino diálogo de saberes entre el conocimiento local y los marcos técnicos y académicos. En este sentido, la cartografía social funcionó como un puente epistemológico que articuló distintas formas de conocer, reconociendo la legitimidad y vigencia de los saberes ancestrales y comunitarios (Santos, 2008).

El diálogo de saberes se dio a partir de *la conversa*, como una técnica de investigación social cualitativa que se fundamenta en el diálogo como herramienta para recoger información y comprender de manera profunda las experiencias, percepciones y significados que los sujetos de estudio otorgan a su vida cotidiana. A diferencia de una entrevista formal, la conversa no se centra en un cuestionario rígido ni en un guion estricto, sino que se desarrolla de forma más abierta, flexible y espontánea. Su principal fortaleza radica en la escucha activa y atenta, que abre un espacio de confianza y cercanía donde los participantes pueden expresar sus pensamientos, emociones y memorias con libertad, facilitando un intercambio genuino de ideas y saberes que permite obtener información rica y compleja, tanto en términos de hechos como de motivaciones, valores, prácticas culturales y creencias que configuran la identidad de los actores sociales.

En el contexto de Coquí, *la conversa* se convirtió en una herramienta metodológica especialmente valiosa para comprender cómo la comunidad concibe y gestiona el agua como un bien común. A través de estos diálogos abiertos, los niños y las niñas, los jóvenes, los pescadores, las mujeres y hombres mayores y los líderes comunitarios pueden compartir sus memorias sobre los cambios en los ríos y esteros, sus prácticas ancestrales de cuidado del agua, así como sus preocupaciones frente a la contaminación y el acceso desigual. De esta manera, la conversa no solo genera datos para la investigación, sino que también se convierte en un espacio pedagógico y de resistencia cultural, donde se fortalecen la memoria colectiva, el sentido de pertenencia y la capacidad de la comunidad para proponer soluciones propias frente a los desafíos ambientales.

Los participantes constituyeron una muestra cualitativamente representativa. Aunque no se trató de una muestra diseñada para realizar inferencias estadísticas sobre la población total, permitió acceder a una comprensión profunda y situada del fenómeno investigado. Aproximadamente el 50% de la población del corregimiento de Coquí, compuesta por cerca de 120 personas, participó en el proceso; en su mayoría fueron jóvenes que se vincularon de forma voluntaria y flexible, según sus tiempos y posibilidades. Su participación fue fundamental para el desarrollo de las actividades de cartografía social y para la construcción colectiva de conocimientos.

El uso de la cartografía social como eje metodológico no solo posibilitó la sistematización de saberes locales, también aportó al fortalecimiento de un proceso de empoderamiento comunitario. Al posicionar a las y los habitantes de Coquí como agentes activos en la lectura crítica y

transformación de su territorio, este enfoque promueve una gestión del agua respetuosa de la cultura, participativa e intercultural. En contraposición al negacionismo climático y sus implicaciones políticas y epistemológicas, esta experiencia evidencia el potencial transformador de los saberes locales en la construcción de modelos sostenibles y éticamente comprometidos con la defensa del agua como bien común (Harley, 2001).

A través de los mapas colectivos, las comunidades representan su territorio y sus prácticas cotidianas de uso y cuidado del agua, pero también expresan sus memorias, cosmovisiones y formas de resistencia frente a los impactos de modelos externos de desarrollo.

De esta manera, la cartografía social trasciende la dimensión técnica de la representación espacial y se convierte en un proceso político-pedagógico que legitima la voz de la comunidad, fomenta la reflexión crítica y fortalece la participación colectiva en la defensa del agua como bien común. Al reconocer el valor de los saberes ancestrales y comunitarios, se abren posibilidades para diseñar modelos de gestión más inclusivos, integrativos y culturalmente situados, en los cuales el agua se concibe como un recurso natural, pero además como un elemento vital que sustenta la vida, la identidad y el tejido social de la comunidad.

Las etapas específicas del proceso fueron las siguientes:

1. Diagnóstico participativo y definición de problemas: se desarrolló a través de talleres comunitarios, entrevistas abiertas (*conversa*) y grupos focales con personas de la comunidad que étnicamente se reconocen como afrodescendientes (niños, niñas, jóvenes, pescadores, mujeres y hombres mayores y líderes comunitarios). Estas actividades se realizaron en tres jornadas de trabajo. Se identificaron las problemáticas relacionadas con el agua, como la escasez, la contaminación y los desafíos en su manejo. Este diagnóstico incluyó un reconocimiento de las prácticas y narrativas ancestrales vinculadas al recurso hídrico, destacando la importancia cultural y espiritual que la comunidad le atribuye.

2. Implementación de la cartografía social del agua: la cartografía social se estableció como herramienta central del proceso, lo cual permitió que los habitantes participaran activamente en la identificación y mapeo de:

- a. Fuentes hídricas (ríos, quebradas, nacimientos de agua)
- b. Prácticas tradicionales de manejo del agua
- c. Espacios significativos relacionados con prácticas cotidianas y productivas mediadas por el agua
- d. Áreas de riesgo, retos, amenazas y oportunidades hídricas

Entre los jóvenes y niños de Coquí se observa una integración de saberes tradicionales con conceptos científicos modernos sobre el ciclo del agua, lo cual genera una visión híbrida que enriquece la comprensión y fomenta la gestión sostenible de este recurso vital.

El manglar

El manglar se reconoce como un ecosistema fundamental para la comunidad, tanto por su aporte al sustento económico como por su papel en la regulación ambiental. A través de la cartografía social, fue posible identificar rutas de navegación, zonas de pesca y recolección de moluscos, así como áreas destinadas a la conservación, las cuales son gestionadas por la comunidad a partir de saberes ancestrales relacionados con el cuidado del manglar y sus ciclos naturales.

El río Coquí

El río fue identificado como una arteria vital para el territorio, además de ser fuente de agua potable, es un espacio para la socialización, la recreación y las prácticas cultu-

rales. El mapeo colectivo documentó las zonas de mayor uso del río y las amenazas que enfrenta, como la sedimentación y la contaminación, a partir de las experiencias de los propios habitantes.

El océano

El océano fue reconocido como un espacio de conexión e intercambio, pero también como un recurso en riesgo debido a la sobreexplotación y los efectos del cambio climático. Las representaciones gráficas elaboradas por la comunidad incluyeron áreas de pesca tradicional, rutas de navegación y zonas de importancia espiritual.

En las siguientes tablas se sintetizan los resultados de la primera parte de esta investigación. En la tabla 1 se muestra la ruta metodológica para la obtención de resultados y en la tabla 2, las categorías construidas y sus aspectos más relevantes.

Tabla 1.
Ruta metodológica para la obtención de resultados

Actividad	Objetivos	Técnica	Productos
Narrativas sobre mapas históricos	Identificar las problemáticas relacionadas con el agua, como la escasez, la contaminación y los desafíos en su manejo, mediante talleres comunitarios, entrevistas abiertas y grupos focales, a los habitantes de Coquí, que incorporan el reconocimiento de las prácticas y narrativas ancestrales vinculadas al recurso hídrico y destacan su importancia cultural y espiritual para la comunidad.	Acercamiento de indagación inicial con la población en donde, a través de diálogos, se detectaron aspectos históricos, expectativas y preocupaciones de la comunidad con respecto al agua.	Testimonios transcritos y organizados desde una entrevista no estructurada (<i>conversa</i>). ²
Creación cartográfica comunitaria	Utilizar la cartografía comunitaria como herramienta central para que la comunidad participe activamente en la identificación y mapeo de fuentes hídricas, prácticas tradicionales de manejo del agua, espacios significativos vinculados a rituales y creencias espirituales, y áreas de riesgo hídrico, para promover la resignificación de los saberes ancestrales como expresiones culturales y soluciones sostenibles.	Creación cartográfica comunitaria sobre problemas relevantes, actuales y sus posibles soluciones con respecto al agua.	Textos elaborados desde una cartografía comunitaria que permite un proceso de construcción colectiva de conocimiento con las posibilidades de resolver problemas sociales (Betancurth <i>et al.</i> , 2020).

Fuente: elaboración propia.

² Entrevistas no estructuradas: son más informales, más flexibles y se planean de manera tal, que pueden adaptarse a los sujetos y a las condiciones. Los sujetos tienen la libertad de ir más allá de las preguntas y pueden desviarse del plan original (Báez, 2009).

Tabla 2.
Categorías desde la información obtenida en la tabla 1

Categorías	Aspectos relevantes
El origen del agua	En Coquí, el agua se valora no solo como un recurso funcional, sino como un elemento espiritual y cosmogónico. Los relatos comunitarios combinan mitos y creencias espirituales, influenciados por interacciones con pueblos indígenas, con explicaciones prácticas y fenómenos naturales. A continuación, un pequeño fragmento: <i>(...) porque el agua no nació como simple corriente, sino como madre primera, de esa lágrima brotaron los ríos, se abrió el mar, y las lluvias comenzaron a caer como tambores (...)</i> Los jóvenes integran estas visiones ancestrales con conceptos científicos.
El manglar	El manglar se reconoció como un ecosistema esencial para la economía y el medio ambiente local.
El río Coquí	El río es vital para la vida en Coquí, como fuente de agua potable y recursos pesqueros, y como espacio cultural y de movilidad social.
El océano	El océano simboliza sustento local, conexión e intercambio económico.

Fuente: elaboración propia.

A continuación, se muestra el análisis de los resultados parciales de la investigación, los cuales consisten en una construcción de cuatro categorías que logran un acercamiento a los saberes y sentires de la comunidad de Coquí con respecto al recurso hídrico. Las cuatro categorías que se construyeron con los aportes de la comunidad dan cuenta de sus saberes, prácticas y sentimientos.

Este apartado recrea una discusión en la que dialogan las prácticas y los saberes comunitarios y ancestrales de la comunidad de Coquí —desde las voces de los participantes— con el marco teórico de esta investigación. Se argumentan las posibilidades que da la visibilización de los hallazgos como una forma que tiene esta comunidad de aportar desafíos a la educación ambiental desde la interculturalidad y que puede potencialmente mitigar las amenazas del cambio climático, además de ser una forma de afrontar el negacionismo climático.

Categoría 1: El origen del agua

Los saberes locales sobre el origen y la gestión del agua en la comunidad de Coquí constituyen una expresión compleja y muy significativa de una educación ambiental arraigada en cosmovisiones ancestrales y prácticas culturales vivas. Lejos de ser meras creencias folclóricas, estas formas de conocimiento representan un sistema epistémico alternativo que articula espiritualidad, empirismo cotidiano y valores ético-ambientales. Desde esta perspectiva, el agua no es concebida únicamente como un recurso utilitario, sino como una entidad viva, sagrada y relacional, que sostiene la vida y organiza el territorio tanto en términos materiales como simbólicos.

En el marco de una educación ambiental intercultural, estas concepciones adquieren una relevancia estratégica. La transmisión intergeneracional de saberes sobre el agua —a través de mitos, rituales, narrativas orales y prácticas cotidianas— preserva la memoria colectiva y ofrece una plataforma para el diálogo entre conocimientos diversos. La coexistencia de explicaciones tradicionales sobre el origen del agua —como la intervención de seres espirituales o guardianes cósmicos— con interpretaciones más próximas a la ciencia occidental —como el ciclo hidrológico— evidencia una forma híbrida de comprensión que resiste las dicotomías entre “lo científico” y “lo ancestral”. El siguiente relato de un joven ejemplifica esta relación:

(...) el agua no se queda quieta: viaja en un círculo eterno, sube al cielo como vapor cuando el sol calienta los ríos, se reúne en las nubes que los guardianes conducen y regresa en forma de lluvia para alimentar la selva, los manglares y el mar.

Así, la comunidad entiende que el agua es más que un recurso: es un ser sagrado y un proceso natural que sostiene la vida. Este entrelazamiento no es una simple yuxtaposición, sino un proceso activo de traducción intercultural que fortalece el aprendizaje significativo y situado, particularmente entre niños y jóvenes.

Este tipo de integración representa una herramienta poderosa frente al avance del negacionismo climático, entendido como la negación de los datos científicos sobre el cambio climático y también como la deslegitimación de otras formas de conocer y relacionarse con la naturaleza. En contextos como el de Coquí, donde el conocimiento

del entorno se construye desde la experiencia vivida y la espiritualidad, ignorar estas epistemologías equivale a perpetuar formas de exclusión y epistemicidio. La negación de la crisis climática también se manifiesta, entonces, en la invisibilización de aquellas voces que, desde sus territorios, proponen otras maneras de habitar el mundo y de comprender los ciclos naturales.

Desde una mirada crítica, la valorización de estos saberes comunitarios permite interpelar las narrativas hegemónicas que reducen el agua a una mercancía o a un bien de consumo. Las concepciones locales promueven una ética de la reciprocidad, el equilibrio y el cuidado que desafía las lógicas extractivistas dominantes. Así, las fuentes de agua —ríos, quebradas, manglares y manantiales— son entendidas como territorios sagrados cuya protección no es solo una acción ambiental, sino un acto de justicia histórica, espiritual y epistémica (Barragán, 2016).

Esta comprensión holística de la vida, donde lo humano y lo no humano coexisten en un tejido relacional, plantea importantes implicaciones para el diseño de políticas públicas en educación ambiental. Se trata de incorporar contenidos sobre cambio climático o sostenibilidad, pero también de fomentar un proyecto educativo que reconozca y articule la diversidad epistémica como un principio pedagógico y político. Esto implica superar modelos unidireccionales de enseñanza y promover procesos de co-construcción del conocimiento que integren los saberes locales, científicos, técnicos y espirituales en pie de igualdad.

En este sentido, los currículos escolares en Colombia, a pesar de los avances normativos que se enmarcan en políticas como el Plan Nacional Decenal de Educación (2016-2026) y la Política de Educación Propia Indígena (PEPI), continúan reproduciendo una visión fragmentada, centralista y homogenizadora del conocimiento. Si bien estos marcos declaran la importancia de la diversidad cultural, la inclusión y la sostenibilidad, en la práctica los lineamientos curriculares no garantizan el fortalecimiento real de la interculturalidad, ni logran situar el aprendizaje en diálogo con los contextos territoriales y las cosmovisiones de las comunidades.

Por otra parte, el Plan Nacional Decenal privilegia competencias estandarizadas, mediciones de calidad y resultados cuantificables que responden más a exigencias internacionales que a la necesidad de reconocer las memorias, los saberes ancestrales y las prácticas comunitarias. Por su parte, la PEPI, aunque propone un horizonte de autonomía educativa para los pueblos indígenas, ha enfrentado limitaciones en su implementación debido a la falta de recursos, acompañamiento institucional y voluntad política para articularla con el sistema educativo nacional.

El resultado es un currículo que sigue anclado en lógicas coloniales de transmisión de contenidos, en lugar de convertirse en un espacio de diálogo intercultural y sostenibilidad. Se invisibilizan los conocimientos locales sobre el territorio, el agua, la biodiversidad o la oralidad, y se relega la posibilidad de que niños, niñas y jóvenes construyan aprendizajes significativos a partir de sus contextos. En consecuencia, la escuela reproduce jerarquías epistémicas en lugar de cuestionarlas, debilitando la formación de sujetos críticos capaces de enfrentar los desafíos ambientales y sociales que atraviesan sus comunidades.

En este sentido, las concepciones locales sobre el agua pueden ser comprendidas como expresiones de un proyecto de vida alternativo que cuestiona profundamente los fundamentos del modelo civilizatorio dominante. Frente al negacionismo climático y la crisis ecológica global, estas visiones ofrecen claves para resignificar el vínculo entre las personas y el planeta, no desde la acumulación, sino desde la armonía, el respeto por la vida y la sostenibilidad comunitaria. Reconocer, proteger y aprender de estos saberes constituye un paso esencial hacia una justicia climática y epistémica que enfrente las consecuencias del cambio climático desde sus raíces culturales, históricas y ontológicas (Leff, 2004).

Categoría 2: El manglar

El manglar es un ecosistema de vegetación costera adaptada a ambientes salinos, fundamental para la biodiversidad y el equilibrio ecológico de la región. En Coquí, la comunidad mantiene una relación profunda y especial con el manglar, al cual considera una fuente vital de recursos. Según sus habitantes, los manglares proveen alimentos como peces, mariscos y moluscos, que son esenciales en su dieta cotidiana. Además, el mangle seco se utiliza en la construcción de viviendas y en la elaboración de diversos utensilios.

Asimismo, la comunidad reconoce la función protectora de los manglares frente a la erosión costera y su importancia como barreras naturales ante fenómenos climáticos extremos, como tormentas y huracanes. De igual manera, se identifica el papel de las raíces de los árboles de mangle en la estabilización del suelo y en la mitigación del impacto de las olas, con lo cual contribuyen a la resiliencia ambiental y social del territorio.

Algunas personas de las comunidades creen que los manglares tienen un significado cultural y espiritual. Reconocen estos ecosistemas como lugares sagrados relacionados con creencias y prácticas ancestrales que pueden estar asociados a rituales, leyendas y tradiciones locales.

Una concepción importante de la comunidad consiste en reconocer que los manglares alledaños a Coquí son ricos en biodiversidad, ya que albergan una variedad de especies de flora y fauna. Las comunidades a menudo tienen un conocimiento profundo de esta biodiversidad, lo que se traduce en prácticas sostenibles y en la transmisión de conocimientos ecológicos a las nuevas generaciones.

Una de esas prácticas sostenibles la denominan las comunidades como *pianguar*. Esta práctica consiste en extraer manualmente del manglar las pianguas, unos bivalvos, moluscos que tienen una apariencia oscura, textura firme y un exquisito sabor, que hacen de estos un alimento muy apreciado. La actividad de extracción de estos invertebrados del manglar se realiza de forma manual, sobre todo por mujeres y durante los momentos de marea baja, como se muestra en la figura 2.

El siguiente testimonio evidencia que la categoría *manglar* es de suma importancia en la comunidad:

Para nosotros, el manglar no es solo un montón de palos y raíces en el agua. El manglar es un guardián, un abuelo que sostiene la vida. Desde los tiempos de nuestros mayores se nos enseña que en sus raíces respira la tierra y descansa el agua, porque allí se juntan el río y el mar para no pelearse, sino para caminar juntos. El manglar guarda el agua cuando la lluvia cae fuerte y la devuelve poquito a poquito para que los ríos no se sequen. Sus hojas llaman a las nubes y sus raíces filtran el agua como si fueran venas del territorio. Eso que los científicos llaman el ciclo del agua, nosotros lo entendemos como la respiración de la Madre Agua a través del manglar. Por eso lo cuidamos: porque sabemos que, si el manglar muere, el agua se entristece y la vida se debilita. El manglar es memoria, alimento y espíritu; es parte de nuestra historia y también parte del futuro que queremos dejarle a nuestros hijos.

Figura 2.
La práctica de pianguar



Fuente: fotos tomadas de <https://www.semana.com/actualidad/articulo/pianguar-el-oficio-de-las-mujeres-del-bajo-baudo-que-se-niega-a-desaparecer-y-que-busca-ser-sostenible/48779/>

Sin embargo, no todas las percepciones con respecto al manglar son positivas, ya que la comunidad reconoce desafíos relacionados con la conservación del manglar, como son la deforestación, la contaminación y el cambio climático que se perciben como amenazas para la salud del manglar que circunda Coquí.

Algunos habitantes del lugar están involucrados en esfuerzos de conservación y restauración para proteger estos valiosos ecosistemas. Proponen diversas acciones para conservar el manglar que combinen sus saberes ancestrales con prácticas sostenibles, como realizar jornadas comunitarias de limpieza para retirar residuos, sembrar nuevas plántulas de mangle en los esteros, vigilar el estado del ecosistema y compartir relatos que fortalezcan su valor espiritual. No obstante, estos esfuerzos deberían ser respaldados por una política pública y un apoyo gubernamental, ya que son incipientes y no llegan a toda la comunidad.

Debido a que el manglar es considerado parte integral del territorio de estas comunidades, la relación entre las personas y el manglar es simbiótica, y su bienestar está interconectado con la salud de este ecosistema. Por lo tanto, la comunidad reconoce que la gestión sostenible del manglar es crucial para la estabilidad y el futuro de las comunidades de Coquí, no solo desde una perspectiva ecológica o económica, sino también cultural.

Estos hallazgos se relacionan con los planteamientos de Hernández-Cassiani (2020), en los que se propone que los manglares representan un sistema socioecológico caracterizado por la interacción y coevolución de componentes naturales y sociales, mediados por las prácticas tradicionales de pesca, recolección de crustáceos y moluscos, cacería, extracción de madera, leña y plantas medicinales, evidenciando una relación de interdependencia (manglar-comunidad) construida a lo largo del tiempo.

En este sentido, la práctica de pianguar, la concepción de sacralidad del manglar, el reconocimiento de su función protectora frente a la erosión costera, al igual que su rol e importancia en la biodiversidad del territorio, ha sido clave para afrontar el cambio climático que es con frecuencia denostado por los negacionistas climáticos.

Categoría 3: El río Coquí

En la comunidad de Coquí, el río tiene una importancia profunda y multifacética que abarca aspectos ecológicos, culturales, económicos y sociales. El río Coquí es una fuente crucial de alimentos, ya que proporciona peces, crustáceos y otros organismos acuáticos que son fundamentales en la dieta local. Además, la comunidad es consciente de que el río alberga una amplia variedad de especies de peces, aves, anfibios y plantas, y percibe que esta riqueza biológica es crucial para el equilibrio ecológico y la salud del entorno natural.

Por otra parte, el río es una fuente primaria de agua potable, sobre todo cuando se utilizan métodos tradicionales para purificarla. Estos métodos consisten en filtrarla a través de rocas carbonadas o simplemente hervir el agua.

En menor medida, el río sirve para el transporte y la comunicación, ya que las canoas y otras embarcaciones pequeñas se utilizan solo de vez en cuando para desplazarse entre comunidades, transportar mercancías, desarrollar actividades recreativas-turísticas y acceder a mercados.

El río, al igual que otros cuerpos de agua, tiene un significado cultural y espiritual importante en las comunidades de Coquí, pues lo relacionan con leyendas, mitos y rituales ancestrales; para algunas personas es sagrado y se utiliza como centro de prácticas ceremoniales. En consecuencia, también juega un papel central en la identidad comunitaria afrodescendiente, en especial debido a que las aguas del río Coquí y la quebrada Ocaba son una línea divisoria entre Coquí y el bajo Baudó, donde la población predominante es indígena.

Es importante resaltar que la comunidad percibe que el río presenta amenazas como la contaminación, la deforestación y la minería, que pueden afectar su calidad y los ecosistemas circundantes. Las comunidades están a menudo en la primera línea de los esfuerzos para proteger estos recursos debido a que ellos tienen un conocimiento profundo de los ecosistemas fluviales y sus especies, lo que les permite gestionar de manera sostenible estos recursos y adaptarse a cambios en el entorno. En ocasiones, algunos habitantes están involucrados en iniciativas de conservación para preservar la salud del río trabajando en colaboración con organizaciones ambientales y autoridades locales.

Los ríos Coquí y Joví funcionan como hábitats para diversas especies acuáticas y terrestres, sostienen ecosistemas clave como los manglares y protegen la calidad del agua. Además, son pilares de la economía local al facilitar actividades turísticas como el kayak, la pesca artesanal y los recorridos fluviales, al tiempo que proveen recursos fundamentales para la gastronomía y la agricultura.

En este sentido, la comunidad de Coquí apunta a descentrar las lógicas establecidas y buscar en las profundidades de las culturas y los saberes propios la clave que permita gestar nuevas formas organizativas, de producción, alimentarias, rituales y estéticas con el fin de dignificar la vida y re-inventarla para permanecer transformándose.

Categoría 4: El océano

Debido a que la comunidad de Coquí se asienta mayoritariamente a orillas de la playa —en la ensenada que va del corregimiento de Panguí hasta la punta de Guachalito—, el océano cobra un sentido profundo y polifacético que desborda su condición de recurso natural.

Desde una perspectiva de educación ambiental intercultural, el mar se enseña y se vive como fuente vital de alimentos mediante la pesca artesanal, actividad reconocida tanto por su peso económico como por su arraigo cultural afro-pacífico. El pescado, los mariscos y demás frutos del mar sostienen la dieta cotidiana y los ingresos de muchas familias, mientras la recolección de recursos marinos complementa la economía local.

Este enfoque educativo pone en diálogo los saberes tradicionales con la ciencia, destacando la necesidad de salvaguardar arrecifes, praderas de pastos marinos y manglares, esenciales para la biodiversidad. No obstante, dicha labor se ve tensionada por expresiones de negacionismo climático que, influidas por discursos externos, minimizan la gravedad de la contaminación, la sobrepesca y el calentamiento global. Frente a ello, líderes comunitarios, docentes y pescadores promueven procesos formativos interculturales que confrontan la desinformación, fortalecen la gobernanza local y motivan acciones de conservación.

El océano, además, vertebra la identidad cultural costera: determina formas de habitar, trabajar, desplazarse y recrearse, al generar una percepción del territorio inseparable de la vida marina. Esa misma relación alimenta expectativas sobre el turismo: los recorridos en lancha y el buceo recreativo ofrecen oportunidades económicas, siempre y cuando se gestionen con criterios de sostenibilidad aprendidos y enseñados en la comunidad.

Conclusiones

Las concepciones comunitarias sobre el origen y el valor del agua en Coquí enriquecen el campo de la educación ambiental y también interpelan de manera crítica los marcos normativos y epistemológicos desde los cuales se han construido las respuestas institucionales al cambio climático. En un contexto global marcado por el negacionismo climático, que se manifiesta tanto en la desinformación científica como en la invisibilización de las voces subalternas, los saberes locales emergen como formas de resistencia y de reexistencia que proponen alternativas desde la pluralidad de mundos posibles.

Frente a este panorama, una educación ambiental intercultural debe asumirse como un proyecto político y pedagógico que no se limite a la inclusión de contenidos ambientales en el currículo, sino que promueva el reconocimiento efectivo de otras formas de conocer, sentir y habitar el territorio. Esto exige superar la lógica extractiva de la educación bancaria y transitar hacia procesos de diálogo de saberes, donde la ciencia occidental y los conocimientos ancestrales se encuentren en condiciones de simetría y respeto mutuo. Es en este intercambio que puede construirse una pedagogía del agua que cultive vínculos afectivos, espirituales y éticos con los territorios.

De igual forma, reconocer el agua como entidad viva y sagrada implica redefinir nuestras nociones de sostenibilidad, gestión ambiental y justicia. Las prácticas comunitarias de cuidado del agua, informadas por una cosmovisión integradora y relacional, ofrecen claves valiosas para el diseño de políticas públicas sensibles a los contextos territoriales, culturales y espirituales. En este sentido, proteger los saberes locales es un acto de conservación cultural y una estrategia crucial tanto en la lucha contra la crisis climática como en la construcción de un futuro más justo y equitativo.

Por tanto, avanzar hacia una educación ambiental intercultural crítica requiere, además de voluntad institucional, un compromiso ético con la justicia epistémica, que permita descolonizar los imaginarios sobre el conocimiento, el desarrollo y la naturaleza. Solo así será posible construir una ciudadanía ecológica verdaderamente plural, capaz de enfrentar los desafíos del presente sin renunciar a la riqueza del pasado ni a la dignidad de los pueblos que lo sostienen.

Recomendaciones y proyecciones

A partir de la experiencia con la comunidad de Coquí y del análisis del potencial educativo de sus saberes en torno al agua, se proponen las siguientes líneas de acción para fortalecer una educación ambiental intercultural crítica capaz de afrontar los retos del cambio climático y los desafíos del negacionismo:

Integrar los saberes locales en el currículo escolar

Se recomienda incorporar de manera sistemática los conocimientos ancestrales, espirituales y empíricos sobre el agua dentro de los planes de estudio de ciencias naturales, ética, ciencias sociales y educación ambiental. Esta integración debe realizarse no como contenidos complementarios o anecdóticos, sino como saberes válidos que enriquecen la comprensión del entorno y promueven un aprendizaje situado y significativo.

Fomentar espacios de diálogo de saberes en contextos educativos

Las escuelas pueden convertirse en escenarios privilegiados para el encuentro entre saberes comunitarios y científicos. Para ello, es fundamental promover talleres, encuentros intergeneracionales y salidas pedagógicas con la participación de sabedores locales, mayores, líderes espirituales y científicos ambientales, que permitan a los estudiantes comprender el agua desde múltiples dimensiones: ecológica, cultural, espiritual y política.

Desarrollar materiales didácticos interculturales

Es necesario diseñar recursos pedagógicos que reflejen la cosmovisión de las comunidades locales, e incluyan narraciones orales, ilustraciones, relatos míticos y testimonios sobre el agua y su gestión. Estos materiales pueden ser elaborados de forma participativa, reconociendo las voces y autorías de la comunidad, y utilizados como herramientas para contrarrestar el negacionismo climático desde una perspectiva culturalmente situada.

Reconocer la agencia educativa de las comunidades

Las prácticas de educación ambiental no deben limitarse al ámbito escolar. Las comunidades, con sus rituales,

celebraciones, ofrendas y formas cotidianas de cuidado del agua, ya están educando. Por tanto, se recomienda articular procesos pedagógicos con las dinámicas comunitarias existentes, fortaleciendo así la soberanía educativa y el protagonismo de los actores locales en la producción y transmisión del conocimiento.

Formar docentes en interculturalidad crítica y justicia epistémica

Es crucial ofrecer programas de formación docente que vayan más allá de la multiculturalidad pasiva y promuevan una comprensión profunda de la interculturalidad crítica, el diálogo de saberes y la justicia epistémica. Esto implica cuestionar los privilegios epistemológicos de la ciencia moderna y abrirse a formas de conocimiento que, aunque diferentes, son igualmente válidas y necesarias frente a la crisis socioambiental.

Incorporar el enfoque de justicia climática en la educación

El cambio climático no es solo un fenómeno ambiental, sino también una expresión de desigualdades estructurales. Por ello, la educación ambiental debe incluir una perspectiva de justicia climática que visibilice cómo las comunidades marginadas de modo histórico —como la de Coquí— sufren con mayor intensidad los efectos del cambio climático, pero también poseen soluciones y visiones que deben ser escuchadas y fortalecidas.

Promover políticas públicas con enfoque territorial y cultural

Por último, se recomienda que las políticas educativas y ambientales tanto nacionales como locales reconozcan y apoyen iniciativas comunitarias de protección del agua, respeten la autonomía territorial y garanticen la participación activa de los pueblos afrodescendientes e indígenas en la toma de decisiones. Esto requiere marcos normativos flexibles, sensibles al contexto y orientados al fortalecimiento de la interculturalidad como principio estructural.

Agradecimientos

Agradezco a la comunidad de Coquí y en especial a la familia Moreno, la cual me acogió, me alimentó y me ayudó para crear esta primera parte de mi investigación. Igualmente, agradezco el apoyo del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de Colombia y a la fundación Cinde desde el Programa Postdoctoral de Investigación en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud.

Referencias

- Báez, J. (2009). *Investigación cualitativa*. ESIC.
- Barragán Giraldo, D. F. (2016). Cartografía social pedagógica: entre teoría y metodología. *Revista Colombiana de Educación*, (70), 247-285. <https://doi.org/10.17227/01203916.70rce247.285>
- Betancurth, D. P., Vélez, C. y Sánchez, N. (2020). Cartografía social: construyendo territorio a partir de los activos comunitarios en salud. *Entramado*, 16(1), 138-151. <https://doi.org/10.18041/1900-3803/entramado.1.6081>
- Chaves, G. A. (2024). Resignificación de la relación que tiene la comunidad del corregimiento de Coquí (Chocó) con sus fuentes hídricas. *Revista Bio-grafía. Escritos sobre la Biología y su enseñanza, número extraordinario*, Congreso Latinoamericano de Enseñanza de la Biología y la Educación Ambiental, Bogotá, 25-27 de septiembre de 2024. <https://revistas.upn.edu.co/index.php/bio-grafia/issue/view/772>
- Corbetta, S. (2021). Educación Ambiental y Educación Intercultural: hacia una construcción de puentes desde un pensamiento ambiental y latinoamericano crítico. *Gestión y Ambiente*, 24(supl. 1), 107-130. <https://doi.org/10.15446/ga.v24nsupl1.91903>
- González Gaudiano, E. y Meira Cartea, P. (2020). Educación para el cambio climático: ¿Educar sobre el clima o para el cambio? *Perfiles educativos*, 42(168), 157-174. <https://doi.org/10.22201/iissue.24486167e.2020.168.59464>
- Harley, J. B. (2001). *La nueva naturaleza de los mapas*. Fondo de Cultura Económica.
- Hernández-Cassiani, R. H. (2020). Etnoeducación, Educación Propia, Interculturalidad y Saberes Ancestrales Afrocolombianos. *Revista Inclusiones*, 7(1), 1-24.
- Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental: La reapropiación social de la naturaleza*. Siglo XXI Editores. https://ru.iis.sociales.unam.mx/bitstream/IIS/4937/1/Racionalidad_ambiental.pdf
- Nieto, M. (2007). Castro-Gómez, Santiago (2005). La Hybris del Punto Cero: ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750-1816). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. *Revista de Estudios Sociales [En línea]*, 26. <http://journals.openedition.org/revestudsoc/21148>

Oreskes, N. y Conway, E. M. (2010). *Merchants of Doubt: How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming*. Bloomsbury Press.

Santos, B. S. (2008). Reinventando la emancipación social. En *Pensar el Estado y la sociedad: desafíos actuales*. Clacso, Muela del Diablo Editores y Comuna.

Sauvé, L. (2005). Una cartografía de las corrientes de la educación ambiental. *Pensamiento Educativo*,

36(1), 87-98. https://www.ecominga.uqam.ca/PDF/BIBLIOGRAPHIE/GUIDE_LECTURE_3/1/2.Sauve.pdf

Semana.com. (26 de febrero de 2020). *El oficio de buscar piangua se niega a desaparecer*. Redacción Semana. <https://www.semana.com/actualidad/articulo/pianguar-el-oficio-de-las-mujeres-del-bajo-baudo-que-se-niega-a-desaparecer-y-que-busca-ser-sostenible/48779/>